

## Los santos de Asís

Gonzalo Rodas Sarmiento

(cuarta parte)

### 9.- Rufino en dificultades

Mi nueva vida empezó cuando me sentí fastidiado con tanta pompa. La elegancia y el despilfarro me hastiaron. Rechacé en mi interior la obligación de ser guerrero vencedor, arrogante, agresivo.

Cuando niño no me gustaban algunos juegos excesivamente bruscos. Eso, ya me puso mal con tío Monaldo. Yo me llevaba bien con mis primas chicas, con Clara, sobre todo. Jugábamos muchas veces, aunque mis padres trataban de que no me juntara con ellas. Tengo cuatro años más que Clara. Cuando yo tenía 11 nos entendíamos bien. Después, cuando yo tuve 17 volvimos a entendernos bien. Entre medio, no tanto porque yo me sentía grande. Estuve también en Perugia, igual que ellas, en esa primera época en que yo me daba cuenta de la situación política. Encontraba razón al descontento de los oprimidos, pero disentía de sus métodos violentos.

Soy un inadaptado. Ahora, que se empezó a dar en gran medida una convivencia pacífica, ha surgido este Francisco, un tipo tan inadaptado como yo, que reniega de su riqueza y de los pocos privilegios que llegó a tener. Es que la alcurnia es de puro barro y se puede caer a pedazos en cualquier momento. Es la nobleza de alma la que realmente vale. Hemos venido al mundo a poner justicia, y no por medio de la violencia, que eso sería contradictorio. Con Clara converso estas cosas, y ella me comprende. Es un encanto mi primita. Gustoso daría mi vida por ella.

Una vez fui a San Damián, donde Francisco juntaba las piedras para volver a levantar una construcción que antes tuvo mejor pasar. Él tiene una tremenda fuerza de vida, voluntad, valentía para enfrentarse al mundo y a los mayores. Muchos lo creen loco y lo insultan, y él sigue en pie, feliz de la vida. Yo quería preguntarle tantas cosas, así que le llevé materiales de construcción. Me agradeció emocionado, y me quedé a ayudarlo. Hasta le dí algunas ideas para que la obra quedara más sólida.

He estado varias veces allí, pero dejé pasar tiempo sin ir. Sentía que eso no era lo mío, sólo era algo admirable donde yo podía aprender cómo manejar mi propio conflicto con mi mundo. Pero, las últimas veces me sorprendí yendo a pie en vez de ir a caballo. Y con vestimenta de trabajo. Así y todo, seguí dejando tiempos sin ir.

Me costó decidirme si entrar o no a la cofradía de los Menores, como se dicen. Yo soy amigo de todos ellos, en especial de Francisco, pero una cosa es ser amigo y otra muy distinta es tener que pedir limosna como hacen ellos. Creo que eso no lo haré jamás. Le pedí al Señor en mis oraciones que me diera claridad para ver qué camino emprender. ¡Claridad! Sí, y fue mi primita Clara la que me enseñó a orar. Cuando recién se paraba en sus dos pies, ella

ya decía “Padre nuestro que estás en los cielos”, y como yo me limitaba a mirarla, ella me insistía hasta que me hacía repetir sus rezos. Después que creció un poco, yo la veía hablando sola y le respetaba ese momento de intimidad con el Señor, y hasta me contagiaba. Siempre le pedía a Clara que rezara por mí.

No hace más de un año que me enseñó la oración contemplativa, que yo aún no sabía cómo explicársela a alguien. Es difícil entender que los sentidos vayan pasando desde el cuerpo al alma, mientras uno está asombrado y admirado.

El Señor me dio la claridad que yo necesitaba. Sentí que me daba licencia para ser original. Sí. Mi camino es mi camino, el mío propio, distinto al de mi amigo Francisco, pero podemos hacer juntos gran parte del sendero.

Un día me armé de valor y me dirigí a la Porciúncula con una actitud de renovar mi vida completamente. No encontré a nadie. Ni a Francisco, ni a ninguno de los Menores. Regresé a mi casa con algo de frustración, pensando volver al día siguiente a otra hora, lo cual hice sin dudar. Me di cuenta de que yo quería formar parte de esa comunidad. De nuevo ocurrió que no estaban los Menores. Esperé largo rato y como no llegaron tuve que volver a mi casa. Mis padres nada sabían respecto a mis intenciones, y yo no pensaba decirles nada, tampoco, para que no me destruyeran mis planes. Ya sabrían de mi partida después que Francisco me hubiera acogido en la comunidad.

Esperé el transcurso de un par de semanas, antes de irme de nuevo. Al final de ese lapso pude comprobar que la Porciúncula seguía desierta y sin rastro alguno de los Menores. Me dispuse a la oración, porque el lugar llama con fuerza a encontrarse con Dios. Así estuve más de una hora, y cuando ya me iba a retirar, ellos llegaron. Sí. Me costaba creerlo. Venían cantando, felices de la vida. Uno por uno me abrazaron, aún antes de que yo dijera una sola palabra. Francisco me vio la cara, no más, y me preguntó :

-Rufino, ¿vienes a quedarte?

-Sí, Francisco, si me aceptas, pero...

-Por supuesto que te acepto, feliz -no me dejó terminar mi frase. Yo quería advertirle que no quería tener que salir a pedir limosna. De hecho, empecé a decírselo con ese típico tartamudeo que me viene ante las situaciones difíciles.

-Ya hablaremos de eso, Rufino. Antes tenemos mucho que contarte.

Entre todos se atropellaban para darme detalles de su viaje a Roma y cómo el Papa los recibió y les dio hasta facultades de predicar. Eso me hizo pensar en otra dificultad mía. No sólo estaba lo de las limosnas. Era seguro que si me ponía a predicar no iba a salir de mí ninguna enseñanza, nada útil, entre puros tartamudeos. Pensé que eso también iba a tener que decírselo a Francisco.

Los Menores me contaron que cuando salieron de Roma tomaron el camino que va hacia el valle de Spoleto. Llegaron cansados, de noche y con hambre, a un lugar solitario. Apareció un desconocido que les dio unos panes y se fue.

-¿Qué pasó después con ese hombre? -quise saber.

-No supimos.

-Fue algo maravilloso.

-Un verdadero milagro.

Todos me hablaban casi al mismo tiempo. Siguieron con su relato. En varios días de viaje, la gente que encontraban los miraba con extrañeza. No eran monjes, ni seglares, no tenían nada y estaban alegres. Después de detenerse a disfrutar el hermoso paisaje de Orte, se establecieron en Rivortorto, por un tiempo. Eso está muy cerca de Asís.

-¿Y por qué no seguisteis hasta acá? -pregunté casi de corrido.

-Porque al principio creímos que ahí tendríamos mejores posibilidades de oración que en la Porciúncula, pues parecía estar más cerca de la ermita de las Cárcelas, que son unas cuevas en las faldas del Subasio -explicó un Hermano.

-Y también por hacer un poco de penitencia -agregó otro.

Felipe Longo y Morico habían conseguido poder quedarse en una pequeña casa de campo que pertenecía a los Crucíferos, la Orden de la cual ellos venían. La choza resultó ser tan pequeña que casi no cabían. Tenían que dormir semisentados, unos contra una pared y otros en la de enfrente. Francisco escribió en las tablas los nombres de cada uno asignándoles el lugar. Se ganaban el pan trabajando, y predicaban en forma ambulante. Además, ocupaban tiempo en la oración, delante de una cruz que pusieron a la entrada de la cabaña.

-¿Qué hacíais si os daba sueño orando? -aproveché de preguntar, ya que a mí a veces me vence el sueño durante mis oraciones.

-Yo uso un cilicio para rezar, con la finalidad de no caer en el sueño -respondió Bernardo.

-También ayunábamos -agregó Egidio- menos esa vez que Pedro tenía tanta hambre que llegaba a quejarse en plena noche. Francisco se compadeció de nosotros y nos mandó a preparar comida para todos, pues hay que ser solidarios en eso también.

-Nos explicó que no sólo hay que evitar el exceso en comer, sino también el exceso de ayuno -completó Felipe Longo.

-Cuando llovía, no sabíamos si quedarnos adentro o salir para afuera -dijo Bernardo.

-Supongo que ya estabais añorando la Porciúncula -observé.

-Claro que sí -reconoció Pedro, saltando como un resorte.

-Pero, seguíamos sin venirnos -agregó Bernardo, con un dejo de arrepentimiento.

-Rivortorto fue un buen lugar para aprender a alabar a Dios -explicó Francisco-, y aún no había llegado el momento de salir. El Señor sabe muy bien cómo guiarnos.

-¡Y cómo! -exclamó Egidio riendo-. Un día llegó un tipo indecente con un burro, y lo metió en la casa, empujándolo, mientras lo retaba groseramente. Dirigiéndose a nosotros, espetó:

-Vamos a mejorar este sucio lugar.

Me reí mucho con ese cuento del burro.

-Fue como una señal divina -insistió Egidio- para hacernos volver a esta amada Porciúncula.

-Y no fue ése el único visitante ilustre que tuvimos -agregó Felipe Longo, en un tono de broma. Entonces, me contaron el desaire que le hicieron a Otón de Brunswick cuando pasó yendo a Roma a su propia coronación, pomposo como es él, con toda su comitiva. Sólo uno de los Menores salió al camino, y no precisamente para verlo pasar, sino para increparlo y hacerle ver que su

gloria no iba a durar mucho. Fue Egidio el que se ofreció de voluntario para esa pequeña misión.

En la Porciúncula ya se estaba haciendo de noche. Compartí la comida con los otros Menores. Yo ya era también un Menor.

Al día siguiente me armé una choza y tuve también mi hábito de color pardo grisáceo. Desde ese día me dediqué a la oración durante gran parte del tiempo. Yo estaba feliz con mi nueva vida de silencio. Fue como romper las cadenas que atan a la vida cómoda. Esos términos usaba mi adorada prima. Yo me volaba en la contemplación sin que nadie me molestara. Nunca he sido muy bueno para hablar, en especial por mi tartamudez. Al principio, Francisco me dejó que no saliera a pedir limosna. Menos mal, porque eso habría sido insoportable para mí.

Un buen día, cuando desayunábamos, Francisco me informó que saldría conmigo, pues había algo importante que hacer en Asís. Como primera cosa, fui tras él, no sin aprensión. Me puse a pensar en mi padre, el cual ya estaba en conocimiento de mi renuncia a la vida caballeresca, y ya había rabiado y había intentado disuadirme, sin ningún éxito, por supuesto.

Le imploré a Dios que Francisco no me hiciera pedir limosna ni predicar. De todos modos, la alegría de todos se me contagiaba.

Por el camino, Francisco me fue hablando acerca de los nuevos Menores, que yo no había conocido antes.

-A Ángel Tancredi de Rieti lo encontré luciendo un nuevo traje de caballero -empezó contando -y le dije de sopetón "cambia la espada por la cruz de Cristo".

-¿Así, sin preámbulos?

-Así. Yo sabía que de otra manera no le iba a llegar el Espíritu Santo.

-Y ya veo que le llegó.

-En cambio, con Juan el Simple fue muy distinto. Lo conocí en una iglesia a la cual yo había llegado con un balde y una escoba, dispuesto a limpiar el templo.

-¿Limpiar el templo? -repetí con incredulidad.

-Sí. Como un signo visible. Después hablé con el cura y traté de explicarle ese gesto, y no entendió mucho.

-¿Y qué tiene que ver Juan el Simple en todo eso?

-Es que cuando tomé la escoba y me puse a barrer, él me vio y tomó otra escoba que encontró en un rincón, y también se puso a barrer.

-Siempre te imita en todo.

-Siempre. Desde esa vez... Con el padre Silvestre ocurrió algo muy distinto.

-Cada uno en lo suyo -sonreí.

-Estábamos en Rivortorto cuando llegó, muy decidido. Y además, muy compungido. ¿Te contaron la historia de las piedras?

-Sí.

-Bueno, pero lo de las piedras nunca lo preocupó mucho. Silvestre tuvo la certeza de que éste era su camino.

-¿Cómo lo supo? -quise saber, porque me interesa eso de las certezas.

-Por un sueño que tuvo... tres veces.

Después, Francisco me habló de la penitencia como una especial orientación de la fuerza creadora para integrar cuerpo y espíritu. Yo asentía, no más, y calculé que me estaba preparando el terreno para lo inevitable.

-¿Sabes, Rufino? Hoy vas a predicar en la iglesia de San Jorge.

-No, Francisco -reclamé como niño chico, y continué..., tartamudeando-. No tengo ninguna gracia para hablar. Nunca he logrado convencer a nadie de nada.

En ese preciso momento, no sabía cómo actuar para ser yo mismo.

-Rufino, esta nueva vida que has elegido es de obediencia. Yo no te digo que vas a ser un gran predicador. Te digo que vas a predicar. Y lo harás desnudo.

Eso último lo pronunció con énfasis. Creí que me estaba hablando en sentido figurado, pero... ¡no! El asunto iba en serio. Comprendí que si me negaba no merecía estar en la cofradía, y yo no quería tener que irme a ninguna otra parte. Los segundos me parecían horas, en las que pensaba en mi padre y en el tío Monaldo. Cuando se enterasen de esto, lo que yo iba a realizar, si es que osaba hacerlo, ya no querrían saber nada más de mí. Eso era algo bueno.

-Está bien -empecé a responder- pero no totalmente desnudo. Déjame quedarme con una prenda de ropa interior.

-Bueno -aceptó Francisco sonriendo.

-No creo que el sacerdote me permita entrar así al templo -dije, en un último intento de salvarme de esta penitencia.

-Sí, te lo permitiré. Soy amigo del cura.

-¿Del padre León? - pregunté derrotado, viendo cómo a Francisco no se le escapa ningún detalle.

-Soy muy amigo del padre León, desde antes que él fuera sacerdote.

Cuando estuvimos cerca de la iglesia de San Jorge me saqué la ropa, menos la única indispensable, y entré en el templo. Yo iba rojo de vergüenza, pensando que aquí se me iba la vida. Era esto o nada. La penitencia o la derrota. Los feligreses me veían pasar, unos indignados, otros riendo a carcajadas.

Subí al púlpito con toda la rapidez que pude, porque ahí me sentiría más protegido. Me puse a hablar de cualquier cosa. Quería terminar pronto con esto. Me daba lo mismo si decía algo bueno o no. Lo notable fue que las palabras me salían fluidas, sin tartamudeo. Eso era fabuloso. Me entusiasmé, y empecé a predicar de la mejor manera que yo hubiese podido. La gente me escuchaba. Dejaron de reírse. Les expliqué por qué estaba así. Nunca me había sentido igual. El color rojo de mi cara estaba cada vez más intenso y me ardía.

Vi entrar a Francisco, tan semidesnudo como yo. Nuevas risas y protestas llenaron el templo. Definitivamente, nos creían locos. Francisco llegó hasta el púlpito, subió y se puso a predicar junto a mí. Improvisamos algo, hablando los dos, con palabras conmovedoras. Él, eso sí, con una profundidad increíble, hablaba acerca de la penitencia. Éramos un ejemplo vivo, y eso impresionó con fuerza a cada uno de los que estaban en ese templo. Francisco les habló de la desnudez de Cristo en la cruz. La gente estaba sobrecogida. Hasta el padre León, que cuidaba nuestras ropas, abrió sus tremendos ojos salientes. Lo vi muy impactado por las palabras de Francisco, acerca del desprecio del mundo, y la pobreza voluntaria. Palabras que germinaban ahí mismo. Los avaros mostraban su arrepentimiento. Vi lágrimas en muchos ojos.

Nos bajamos del púlpito con lentitud. El padre León nos manifestó su entusiasmo, mientras nos daba la ropa. Nos vestimos con rapidez. Yo me

sentía muy bien, habiendo colaborado con lo poco que yo podía ofrecer a toda esa gente para que descubrieran caminos nuevos. Me puse a pensar que no siempre el pudor es constructivo, y que el culto al prestigio no es lo que más mueve a las personas hacia Dios. Eso sí, para mí el verdadero cambio se produjo en mi expresividad. Ya no he vuelto a ser ese tímido tartamudo que no quería predicar. Y se lo debo a Francisco.

En esa dichosa oportunidad salimos del templo conversando con el padre León. Incluso nos acompañó unas cuadas, con serena alegría, y cuando nos íbamos a despedir de él, nos dijo:

-No os despidáis. Yo sigo también.

León llegó con nosotros hasta la Porciúncula.

Ya no le digo "padre León", pues ahora es uno más del grupo. Un Hermano Menor.

### **10.- Clara y su decisión trascendente**

Después que mi padre murió pasamos una época de varios meses de recogimiento en que mi madre nos hacía rezar, y no podíamos salir. Quedamos puras mujeres en la casa, y todas llorábamos. El tío Monaldo nos visitaba mucho, como jefe del clan, se sintió obligado a protegernos. Insistió con mucha fuerza diciendo que yo tenía que casarme y hasta me eligió un pretendiente, hijo de un caballero riquísimo. A mis 17 años ya estaba en edad de constituirme en un buen negocio para mi tío. Le dejé muy en claro que la riqueza y el poder no significan nada para mí, y que cuando quiera casarme yo misma decidiré con quien. Menos mal que pude hablarlo con firmeza y con tranquilidad, sin exaltarme.

Mi tío se resignó, por el momento, pues me conoce muy bien. Por otra parte, él ya sabía de mi admiración por Francisco, así que aprovechó de decirme que tuviera mucho cuidado, no como Rufino, que según él no lo tuvo, en absoluto.

-Ese descarriado... -gritó el tío Monaldo, refiriéndose a mi primo, y dejó la frase inconclusa. Como yo no iba a dejar de defenderlo, eso fue exactamente lo que hice, para gran ira de mi tío, que tiene un carácter muy distinto al de mi padre, siendo hermano de él. Yo traté de apaciguarlo hasta hacerlo sonreír.

-Mi sobrinita querida -me dijo, cambiando el tono agresivo por uno dulce, y tomándome de la cintura-. Ya eres una mujer, y muy bella, por cierto. ¿Quién va a ser el caballero que beba de este néctar?

Ése fue el momento de escabullirme y volver a mi habitación, con pasos rápidos y ponerme a escribir algo en mi diario de vida, acerca de Francisco, tan odiado por mi tío Monaldo. Ahora que Francisco consiguió el beneplácito del Papa, está siendo autorizado para predicar en los templos, incluyendo hasta la catedral, y eso que no es sacerdote.

Bona es mi enlace con los Hermanos Menores. Con ella envío algún dinero y víveres a la Porciúncula. Desde su casa vamos a menudo a escuchar a Francisco. Lo hacemos en secreto, para no ser vistas por mis parientes, que no lo comprenderían. Nos basta cruzar un pequeño trozo de plaza y ya estamos escuchándolo hablar con su claridad y sabiduría profunda. Francisco atrae a la gente.

-Que el Señor os dé su paz -exclamó Francisco desde el púlpito, tal como inicia siempre sus prédicas. En seguida, partió hablando de la vida. Vivir.

“¿Qué es vivir?” preguntó, y se quedó esperando respuestas. Surgieron varias, provenientes de los que estaban más cerca y querían participar.

-Bueno es saber -señaló a continuación- pero no sacamos nada con aprender mucho si después no vivimos eso que hemos aprendido. El evangelio nos enseña a ir sin alforja y con una sola túnica de recambio... y... ¿qué hacemos con ese conocimiento? ¿Ponerle un marco y guardarlo junto con las riquezas? No, Hermanos. Hay que vivirlo. La salvación está ahí cerca, muy cerca, aquí mismo. Hoy, y no mañana.

Francisco alababa a Dios:

-Señor Dios, tú eres grande, eres el amor, la sabiduría, la paciencia, la mansedumbre, la fortaleza, el perdón, la eternidad.

Me sentí transportada hacia Dios, con una especie de fuego dentro de mi alma. Decidí que al día siguiente iría a conversar con Francisco, pues quería preguntarle algo. Eso mismo que he preguntado a los sacerdotes y no han sabido responderme.

Cuando manifesté mis intenciones, durante la cena, mi familia se opuso, aún cuando el tío Monaldo no estaba presente en esa ocasión.

De todas maneras fui a ver a Francisco, acompañada de Bona, sin que en mi casa se dieran cuenta. En el patio de la iglesia de San Jorge, le hice mi famosa pregunta:

-¿Qué es más verdadero, el evangelio o la vida?

-El evangelio -respondió, simplemente, pero se quedó pensando, y después amplió el punto de vista.

-Hay que liberarse de toda esclavitud -señaló.

-La luz del Señor ilumina tu camino, Clara -agregó después-. Siempre ha sido así contigo. Eres una persona escogida por Dios.

Fui varias veces a conversar con Francisco. En algunas de éstas, él mismo me había llamado a través de Bona. En el patio de la iglesia de San Jorge acostumbraba a estar Francisco, acompañado de alguno de los Hermanos, casi siempre Felipe Longo.

-Jesús renunció a los privilegios que le correspondían -mencioné una vez-. Esa es su enseñanza.

Felipe se impresionó, y Francisco me puso atención como si nunca él hubiera tenido ese mismo pensamiento.

Los encuentros se repitieron hasta tal punto que Felipe Longo optaba por llevarse a Bona a uno de los extremos del patio y dejarnos solos cada vez, aunque sólo fuese durante un rato. Con Francisco cantábamos en la naturaleza, a la sombra de los árboles.

Hablamos de abrir caminos nuevos, y de la firmeza que nos damos mutuamente, y también de lo que pasa en nuestro país.

En una ocasión, Francisco me dijo:

-Amo la pobreza.

No me atreví a decirle que me amara a mí, como yo lo amo a él. Tal vez sea un fruto prohibido. He de amarlo en silencio, sin esperar nada a cambio. Me encantaría saber qué siente él por mí.

-Me gusta tu alegría -fue lo único que le escuché que tuviera que ver con sus sentimientos hacia mí.

Al llegar a mi casa me quedaron sonando sus palabras “amo la pobreza”. “Pobreza” repetí para mí y me senté frente al espejo de mi pieza. Ese que me ha ayudado todos estos años a ponerme bonita y atrayente. Para

Francisco no creo serlo. "Amo la pobreza" repetí una vez más, en voz alta, pero no tanto que pudieran escucharme. Si no soy pobre, por lo menos puedo desapegarme de la riqueza. Fue entonces que me saqué para siempre el collar, y los aros y el prendedor. Me di cuenta que tenía un pequeño cofre de alhajas, muchísimas, los privilegios que supuestamente me corresponden. Junté todo en una bolsa, y acudí al día siguiente muy temprano a la oficina del joyero.

-Le vendo mis joyas -le anuncié, sin más, y él no quería creerme.

Cuando aceptó la realidad, efectuó una detenida observación de todo lo que yo le llevaba, y me ofreció una cantidad de dinero.

-Me tendrá que dar el doble de esa cantidad -le expliqué con firmeza, pues yo sabía muy bien el valor de mis joyas. Después de discutir un poco, accedió.

Con ese dinero me dirigí a la oficina del obispo Guido y se lo entregué, con una facilidad que yo misma no conocía en mí.

-Para las obras de la Iglesia -casi canté.

El obispo se fascinó porque tenía planes de obras sociales que aún estaban sin financiamiento.

-Bendita seas. Dios ha escuchado mis oraciones.

Quedé contenta, y salí casi flotando en el aire. Demás está decir que nunca me he vuelto a poner una joya.

En mi próximo encuentro con Francisco, él notó inmediatamente el cambio que se había producido en mí y besó mis mejillas con una ternura increíble. Así supe que es el hombre de mi vida.

Tuve varios encuentros con Francisco en el patio del templo San Jorge. Yo necesitaba su apoyo. A veces, me atreví a discutir sus enseñanzas, y él sonreía como si no fuera posible que una chiquilla pudiese haber aprendido tanto acerca de Jesús. Nuestra bella amistad se fue transformando en un amor puro. La verdad, yo estaba loca por él. Soñaba con el día en que Francisco me pidiera ser su esposa, hasta que una vez no pude más y se lo dije.

-Te amo, Francisco.

Francisco no sabía cómo reaccionar.

-¿Acaso tú no me amas? -insistí coquetamente-. Es un mandato de Dios.

-Amo la Pobreza -me respondió Francisco, y después agregó-. Estoy enamorado de la pobreza y me casaré con ella.

Eso último, casi lo gritó, y yo me quedé frustrada y triste, con la mirada baja.

-Eres la mujer ideal, la mejor persona que conozco -habló lentamente Francisco, con lágrimas en sus ojos -, y tienes una gran belleza en tu cuerpo y en tu alma, pero Clarita, acuérdate de tu propio lema "Jesús renunció al privilegio que le correspondía".

Sonreí, reconociendo que le he repetido esa consigna a Francisco una infinidad de veces, y ahora se estaba volviendo en mi contra.

-Te voy a contar una parábola -anunció.

"Un rey muy poderoso envió un embajador a la reina. Volvió éste con la respuesta que se requería y la enunció de manera concisa. Unos días después, envió otro embajador el cual regresó con mucho más que una simple respuesta. Pronunció un verdadero discurso elogiando la belleza de la reina. Y más aún, fue mucho su entusiasmo y reconoció que hubiese querido poseerla.



El rey se molestó con él y lo reprendió duramente por haber puesto ojos voraces en la reina. El rey decidió quedarse con el primer embajador. Eso sí, quiso estar seguro y le preguntó qué le parecía la belleza de la reina. El hombre respondió sabiamente: Sólo a tí te corresponde contemplarla”.

Comprendí el mensaje inmerso en su cuento, y hasta me sentí halagada. Sin embargo, esa tarde me fui a mi casa con mucha pena, pensando que todavía era indigna, y que necesitaba ser más pobre aún.

En la noche llené de lágrimas mi almohada. “Enamorado de la Pobreza...” me repetía yo misma, sin poder aceptarlo. Al día siguiente conversé con Caterina, pues le tengo gran confianza, y admiro su increíble sabiduría.

-Tú crees que estás enamorada de Francisco- observó ella, después de escucharme.

-Y lo estoy.

-Piensa si acaso es así o no.

-¿Qué quieres decir?

-¿No será que estás enamorada del Cristo que él muestra?

Me dejó pensativa, preguntándome a mí misma que de dónde sacaría eso esta chica. Siempre he pensado que Caterina tiene una sabiduría asombrosa para una niña de su edad, pero esta vez se estaba pasando de lista. Durante varios días el asunto me rondaba y no podía concentrarme en nada. Decidí jugarme el todo por el todo. ¿Para qué podía querer ropas fastuosas? Empecé a desapegarme de lo cómodo, imaginando que no tenía tal o cual cosa... ¿puedo vivir así? Puedo. ¿Por qué no?

No quise seguir siendo esclava del siglo. Me dirigí a la bodeguita, detrás de la despensa, a buscar unos sacos vacíos que estaban ahí desde hacía tiempo. Me los llevé a mi pieza y me dediqué a la costura durante un par de tardes. Con esos sacos me confeccioné un vestido, lo más gracioso que pude, que llegaba casi hasta el suelo. Cuando estuvo listo me lo puse y salí de mi casa sin que nadie me viera y me dirigí a la iglesia de San Jorge pues yo sabía que a esa hora iba a encontrar a Francisco. Por el camino me confundían con una pordiosera, a tal punto que palpé lo que es ser pobre, y no pude evitar las lágrimas. La gente me enrostraba su fastidio por mi presencia. Mi tenida, que empezó casi como un disfraz, pasó a ser un duro aprendizaje.

Llegué donde Francisco y me planté delante suyo, dispuesta a todo o nada.

-¿Qué te pasa Clara? -me preguntó extrañado, no tanto por mi atuendo como por mi actitud y por mis ojos que evidenciaban un llanto reciente.

-Soy la Pobreza -declaré con énfasis-, de la que tú estás enamorado.

La emoción me hizo llorar de nuevo. Sabía con certeza que ése era el momento más importante de mi vida. Francisco me tomó de la cintura y me besó con ternura. Y yo también a él, desde el fondo de mi alma. Tuvo que retirarse un poco, y sin soltarme me levantó y me sentó sobre un muro bajo de concreto. Francisco respiraba con agitación, tratando de tranquilizarse. También lloraba.

-El lema... -fue lo único que mencionó. En su rostro humedecido había una sonrisa divina, que me hizo recordar las palabras de mi hermana. Sí, ella tenía razón una vez más. Ahí mismo comprendí lo que significaba ese momento.

-Daré cualquier cosa por ti -le dije, aunque ya no sabía si se lo estaba diciendo a Francisco o al Cristo que él muestra.

-¿Me darías tu pelo?

-Mucho más que eso.

Nos miramos muy fijamente, sonriendo, no sé durante cuántos minutos.

-Ya descubrí la verdad -afirmé-. En ti he visto a Jesús y es a él a quien amo con todo mi espíritu.

Francisco asintió.

-El amor que no puede sufrir no es digno de ese nombre -agregué.

Francisco estaba realizado.

-No te podrás escapar de mí -le advertí-, pues te seguiré hasta el fin del mundo.

Me sentí partícipe de una misión trascendente. Éste fue un instante glorioso, sublime.

-Quiero ser una Hermana Menor -me escuché decir después de un largo silencio.

-De acuerdo -consintió Francisco muy contento-. Es una locura, y no sé cómo se va a poder hacer esto, pero se hará.

## **11.- Rufino deprimido**

El descalabro que hubo en mi alma empezó en una tarde de domingo. Mi ánimo había estado mal desde la mañana, debido a algo que no me salió bien, y ya ni interesa. Quise estar en soledad, y me fui a un sector alejado. Me tuve que cambiar de lugar muchas veces porque encontraba que había bulla, o mucho sol. Al último, quedé en una cueva oscura, con una filtración de humedad que parecía decirme algo.

Traté de aclararme en lo que estaba sintiendo, pues no había logrado comprenderlo todavía. Me invadió una sensación tan horrible como persistente. Una cosa asquerosa... y eso era yo. Mi interior se había puesto como un infierno, anticipando el destino seguro que estaba reservado para mí.

Me había convertido en un verdadero demonio, y además, uno de los menores, uno de poquísima importancia, el que estuviera para los mandados, y que ni siquiera los haya desempeñado de manera eficaz, pues eso no le corresponde a un tipo tan negativo como yo me sentía.

Me asaltaban imágenes de mi antigua vida de señor feudal en decadencia. "Soy un producto de la injusticia", me repetía una y otra vez, "y tengo la misión no sólo de hacer fracasar a los demás, sino que también fracasar yo mismo".

Menudo conflicto. Si llegare a no fracasar, eso sería un fracaso. Es que uno no puede ser tan paradójal. Tal vez por eso mismo, jamás podría ser perdonado. No me atrevía a hacer vivir el sueño imposible de dejar de ser un demonio. Un sueño inconfesable, como si lo hubiera robado.

Estaba avergonzado de ser yo, y dirigido hacia la ruina espiritual. Le encontré un sentido a mis penitencias, aunque un poco primitivo. No eran más que el castigo que me estaba mereciendo. Y como era la injusticia la que trataba de moverme, decidí que no iba a seguir dándome castigos.

Me mostré a mí mismo como un volcán de resentimiento, que estaba hecho para cometer errores, y si me equivocaba en eso, éstos dejarían de serlo. Si al menos me hubiera sentido capaz de cumplir la tarea que le corresponde a un buen demonio, ya merecería ser redimido.

Al otro día caí en la cuenta que eso de "buen demonio" no puede existir. En ese mismo momento me volvió a atacar la terrible sensación del día

anterior, y me seguí revolcando en la podredumbre, donde no debía estar, y no sacaba nada con tratar de huir.

Sin embargo, lo más bien que salí de ahí al escuchar la anécdota del hermano Egidio, que venía llegando después de haber pasado varias horas arriba de un nogal.

-“¿Cuántas nueces me darás en pago?” -mencionó Egidio que le había preguntado al patrón.

-Todas las que te puedas llevar -había sido la respuesta.

Con mucha astucia, Egidio se quitó el hábito en cuanto hubo terminado su cosecha y bajado del árbol, quedando semidesnudo. Amarró las mangas para tener así un improvisado saco que llenó de nueces, y se lo pudo llevar con gran esfuerzo. Llegando a Asís regaló su premio repartiéndolo entre los pobres, volvió a vestirse, y con las manos vacías se vino a descansar. Todos nos reímos mucho cuando Egidio nos contaba su aventura.

Si algo me gusta de esta comunidad es el no tener ningún privilegio derivado de haber sido noble, como ocurre en las órdenes monásticas. Y también la relativa libertad que uno puede tener aquí, en comparación a las gruesas reglas de los benedictinos, por ejemplo.

Yo quedé alegre, menos mal porque estábamos entrando a la reunión diaria con Francisco, y no me habría gustado que él se diera cuenta de lo que me estaba pasando. Todos estaban contentos, y eso hizo provechoso el encuentro, en que Francisco nos habló del oficio de predicador.

-La persona que predica -dijo- ha de orar primero en soledad, para encontrar las palabras que debe decir y para contagiarse con ellas y darles vida.

Sentí pena porque mi oración en soledad se había puesto tan tortuosa, pero Francisco me fue contagiando un poco con su entusiasmo y por el resto de ese día quedé bien. El martes me empezó a acosar de nuevo la sensación demoníaca. No quise contárselo a Francisco porque me daba vergüenza, y porque mi mal ánimo se me quitaba a ratos, cuando surgía alguna cosa alegre, como cuando llegó Maseo a incorporarse como Hermano Menor. Venía de Marignano, con su modo cortés y su dicción de agradable timbre con que aderezaba su conversación, siempre interesante.

Dos días después se nos unió alguien completamente distinto. Se hace llamar Junípero, sobrenombre que él mismo inventó, y que significa “el más pequeño de los hijos de Dios”. Es un tipo muy original, que desde el primer momento se complació en mostrarnos la simplicidad. A su llegada le dimos una linda bienvenida.

Ese mismo día, Francisco nos habló de la oración que tuvo, la semana pasada, a solas en un lugar apartado, y durante tres horas.

-Poco a poco empecé a sentir una gran alegría -nos contó- y la certeza de que mis pecados han sido perdonados..., pero... fue una certeza más fuerte que dos más dos son cuatro.

Yo recordaba mis sensaciones de demonio que aún no me había atrevido a revelar y me hice el firme propósito de decírselo en cuanto tuviera la oportunidad.

-Estaba tan absorto -continuó Francisco- que no me di cuenta cómo pasó el tiempo. Volví gozoso y transformado. Dios me prometió hacernos crecer en gran multitud.

A mí, la oración en soledad no me había resultado mucho en esos días. Decidí rezar frente al crucifijo, para ahuyentar los demonios. Aún así, no lo logré. Sentí como si el mismo Jesús me mostrara toda mi iniquidad. Se me confundió todo de nuevo. Tal vez con razón, en mi familia odian tanto a Francisco, y ellos me decían que no le creyera. Mi buen propósito del día anterior se me esfumó del todo. Ya no iba a ser fácil confiar en Francisco. Mi condenación no tenía vuelta. ¿Y toda mi oración, para qué podría servirme? Tendría que retirarme de esta cofradía, de la que no soy digno. No quería hacerlo sin decírselo a Francisco, pero eso me significaba tener que contarle el infierno que estaba viviendo. No iba a ser fácil.

En eso estaba, cuando llegó Maseo a buscarme, diciendo que Francisco quería verme.

-No pienso ir -fue lo primero que atiné a decir, pero después me puse a pensar en el asunto. Ya no podía seguir esquivando el bulto. Probablemente, Francisco se había dado cuenta de mi estado.

A Maseo no le costó casi nada convencerme, y eché a andar hacia un bello lugar en la naturaleza, donde se hallaba Francisco. No necesité explicarle lo que me estaba pasando. Él me dijo, con claridad:

-No les hagas caso a los demonios.

La bondad de Francisco me desarmó. Y su sabiduría. No supe cómo él tenía tan claro lo que a mí me pasaba.

-No puedes desconfiar de Jesús -me reprendió con mucha ternura-. El nunca te diría algo que no viniera desde un lugar de amor y misericordia.

Francisco tenía toda la razón. Yo estaba muy avergonzado de haber desconfiado de él, y más aún, de Jesús.

-Tú puedes ahuyentar a los demonios -me explicó- hablándoles con mucha firmeza. Podrás sentir como se van.

A medida que Francisco me iba diciendo las cosas con tanta claridad, se me empezaron a salir las lágrimas, caí de rodillas, y dejé que me viniera el acceso de llanto. Estaba tocando fondo y no tenía posibilidad de resistirme. Después de un rato quedé mejor.

-No te olvides de orar como tú sabes -me advirtió Francisco, levantándose.

Volví a mi celda en el bosque y me puse a orar. Le pedí perdón a Dios y cuando le dije por qué lo estaba haciendo me volví a sentir tremendamente pecador. La sensación de demonio intentó hacerme dudar de Francisco. No lo quise aceptar.

-Vuelve a abrir la boca y te la lleno de mierda -grité, dirigiéndome a un invisible demonio, y lo hice con toda la firmeza de que fui capaz. Así, se me terminó el problema para siempre. Recuperé mi entereza y mi confianza. Fue un momento sanador. Después, me reía solo porque justo en ese momento hubo un temblor y se derrumbaron algunas piedras, y corrían por las laderas del monte.

(fin de la cuarta parte.

Continuará)